

gulosos... superior. La gran potencia económica que los Estados Unidos vuelcan en los medios de comunicación de masas produce una música, una literatura (periódicos, revistas, libros), un cine, que, sea cual sea su temática, tiene un denominador común: el altísimo nivel de vida que se retrata, el despilfarro material. Un ejemplo que suele ser visto con envidia desde otras realidades sociales en que el conjunto nacional no maneja un *surplus* obtenido de la explotación de mano de obra de otras latitudes, como sucede allí. Envidia derivada del desconocimiento, del complejo de inferioridad, de la necesidad, a veces.

Y con esto juegan los que manejan el asunto. Saben que el deseo de vivir mejor puede crear en ciertas personalidades la necesidad de imitación de aquellos que se consideran modelos de lo deseable. La psique humana va pasando al cuarto trastero esos otros problemas que acompañan a la constante satisfacción material... la violencia, la soledad, son secundarias. Y queda allí, como aspiración primaria, el deseo de acceder al *american way of life*. De esta manera, los que manejan el asunto consiguen vender en los mercados internacionales un simulacro de buena vida americana traducido en aparatos eléctricos, ropa, bebidas, música, etc. Y con las ganancias seguir manteniendo, mejor o peor según los avatares de la economía internacional, pero

siempre unos puntos por encima de la mayoría de otras naciones, esa sociedad de despilfarro absurdo que consume el 40 por 100 de los recursos mundiales y produce el 50 por 100 de la contaminación de nuestro planeta, aunque sus habitantes suponen sola-

mente el 6 por 100 de la población mundial.

Pero ¿qué siente esa sociedad? La satisfacción, o mejor, el hartazgo material, ¿es ese paraíso de bienestar que muchos anhelan casi desesperadamente?

Un joven escritor norteamer-

cano, Robert Greenfield (1), intenta hacer conocer, dentro de la sociedad norteamericana de la opulencia, cómo es la vida de ese otro sector medio ignorado de la

(1) Robert Greenfield: *El Supermercado espiritual*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1978. 296 páginas.

ADIOS A LAS LETRAS

LOS GUSTOS DEL AYATOLLAH

Nadie lo ha contado bien. Tampoco voy a contarlo bien yo, porque en este desierto de agua me faltan datos, pero voy a intentar una aproximación a la realidad, como se declara antes.

Alejandro Rojas Marcos no le llevó sólo discos de Carlos Cano al ayatollah Jomeini, a quien por cierto los andaluces bautizaron hace mucho tiempo como el ayatollah Jiménez, la cual es una traducción literal —y como toda traducción literal, simpática— del nombre de este personaje religioso que ha hecho de su capa un sayo.

Rojas Marcos, el líder nacionalista andaluz, llevó consigo, también, una reliquia de Clemente Domínguez, de antes de que éste fuera a ver la casa de Franco en Santiago de Compostela, una colección de discursos de Marcelino Oreja recopilados por el periodista Pablo Sebastián, amigo de Rojas, y una selección de flamenco que le había preparado Félix Grande.

El disco de Carlos Cano lo llevaba de relleno, en realidad. Se lo mostró al ayatollah pensando que éste no iba a escucharlo y que lo iba a interpretar como un presente más de la admirable pleitesía andaluza.

Pero no era ese sólo el propósito de Alejandro Rojas Marcos. Antes de explicarle al ayatollah cómo salió elegido una vez concejal del Ayuntamiento sevillano merced al sistema de representación familiar que Franco inventó para los españoles, Rojas Marcos dio salida a una inquietud. ¿Qué le gustará más a Jomeini: la música de Tarradellas o el acento de Blas Infante?

Así que se fue con dos discos y un pick up portátil, como el que solía usar en los guateques de las ferias de Sevilla. Un disco era de Carlos Cano y otro era de Lluís Llach. "¿Lluís Llach?", preguntó Jomeini, estupefacto. "Prefiero los poe-

mas de Juan Ramón Jiménez". Y fue entonces cuando Alejandro Rojas Marcos, que estaba sentado en el suelo a la manera drabe y sorbía espeso té chiíta, produjo ante el asombro agradecido de Jomeini el long play de Carlos Cano. "Si ya lo conozco. Me lo llevó Feliciano Fidalgo a mi choza, cuando yo vivía en París. Y se lo escuché tararear a Félix Bayón cuando el periodista andaluz se movía, incólume, por las calles de Teherán, silbando como si hubiera estado viendo torear vaquillas al Cordobés". "Vaya por Dios", exclamó Rojas Marcos, al ver que todos se le habían adelantado y que quizá había dado en uno de los

tabúes del ayatollah. Este dispuso las dudas del buen andaluz, acarició los surcos del disco, lo introdujo en el pick up y se estuvo toda la tarde escuchando las Crónicas Granadinas. Mientras, un ujier azotaba sin piedad los discos de Lluís Llach, en las partes en que el cantante catalán repite como un

obseso esa exigencia de Amnistia i llibertat que les dio por tararear a los súbditos de Tarradellas antes de que éste les viniera a salvar de las garras de Rojas Marcos, Jiménez Losantos y Penalva.

Lanzado, Rojas Marcos creyó haberlo logrado todo ante el ayatollah, y por eso cometió, al final de la audiencia, un error que pudo haberle costado caro si Jomeini no hubiera estado escuchando, extasiado, a Carlos Cano.

Le mostró al ayatollah una colección completa de los artículos de Vaz de Soto en TRIUNFO. La mirada del chiíta fue solemne: "Aparte de mí esta literatura hereje". Rojas Marcos salió corriendo y se refugió en el otro extremo, en Santander, a confesarse con don Marcelino Menéndez y Pelayo, el poeta preferido de Jorge Luis Borges. ■

SILVESTRE CODAC.



Jomeini.

Rojas Marcos.

